

aclaran los muros de las iglesias. Después de la Plaza Real, que es la maravilla de la época, los arquitectos emprenden la obra admirable de la alameda de la Carrière, con su Palacio del Gobierno y su Arco Triunfal. La residencia de Luneville es un segundo Versalles, menos grande que el de Luis XV, pero no menos alegre ni menos galante, ni menos literario y artístico. Los mejores artistas del siglo ayudan al rey a pintar sus lienzos, y los más grandes filósofos oyen la lectura de sus *Obras filosóficas benéficas*. Montesquieu, Maupertuis, Clodion, Voltaire, Helvecio, Tressan, la flor y nata, en fin, de la gran Francia, busca en Lorena los favores del mecenas coronado. Cuando se crea la Academia con el título de Sociedad Real de Ciencias y Bellas Artes, no hay ingenio ilustre que no desee formar parte de ella. Un día se establece una Biblioteca; al día siguiente, una Universidad; después, algunos premios anuales para sabios y escritores. Los cortesanos declaran que el soberano es a la par un Richelieu y un Luis XIV. Pero nada de esto calma el espíritu público, nada consuela a los loreneses de la pérdida de su dinastía nacional, nada hace perder de vista al pueblo que pronto la patria libre habrá dejado de existir, y que la Lorena no será sino una provincia de Francia. Sin duda, la idea de que de no ser franceses tendrían que acabar siendo alemanes, los decide a todos a inclinarse ante la fatalidad. Sólo que, por las estatuas de los antiguos duques siguen inspirando nostalgias, y las durezas del canciller, inquietudes. ¿Qué será del Parlamento local? ¿Qué será de los fueros? ¿Qué será de las costumbres democráticas el día cercano a la anexión? Una noche, los nobles deciden enviar una embajada a Francisco III para reprenderlo respetuosamente por haber abandonado su corona ducal para ceñir en Viena la diadema de Carlos V. Otra vez, los jóvenes patriotas organizan un cortejo y van a la plaza del Mercado a cantar cantos nostálgicos ante el busto de Leopoldo

—Ya les pasará— exclama La Galaizière—, ya les pasará, y estarán orgullosos de ser franceses.

En realidad, orgullosos de ser franceses si lo están los loreneses. Pero ni aun ahora, que han transcurrido más de cien años desde la muerte del último duque, les ha pasado su nostalgia de la independencia y su amor de la dinastía de Gerardo de Alsacia. Nancy, tan nueva, tan positiva, tan contenta de su esplendor y de su desarrollo, tan orgullosa de su fuerza, tan satisfecha de sus libertades republicanas, tiene siempre en el fondo del alma una sombra de melancolía cuando contempla, ante la venerable fachada del Palacio Ducal, la esbelta figura del vencedor de Carlos el Temerario.

EN EL CAMPO DE BATALLA DE NANCY

4 de febrero.



RES días llevamos estudiando estos campos de batalla, en los cuales las cruces de las tumbas señalan los puntos de los combates, lo mismo que las banderitas en los mapas. Hemos visto Santa Genoveva, el bosque de Champenoux, las tumbas del Grand-Couronné. Hemos recorrido un «frente» de más de cincuenta kilómetros, en el que se charon centenares de miles de hombres. Hemos bajado a las cavernas en que las innumerables baterías establecieron su línea de fuego. Hemos visitado, en fin, muchas aldeas convertidas en montones de escombros... Un capitán del Estado Mayor nos ha explicado las principales operaciones militares de los primeros días de septiembre, asegurándonos que, en conjunto, constituyen uno de los más formidables y más gloriosos episodios de la historia de Francia.

¿Habrás interesado todo esto a mis compañeros, a los corresponsales de guerra?... No lo sé. Pero por mi parte debo confesar, algo avergonzado, que no he conseguido a pesar de mi constante esfuerzo de atención, darme una cuenta exacta de lo que es una gran batalla moderna.

—Allá, hacia la derecha—me dice hoy nuestro guía en la colina de Amance—, tenemos el ejército

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

defiende Pont-à-Mousson... A la izquierda, otro ejército se opone al avance del enemigo por las márgenes del río... Vea usted...

Y por más que me empeño en ver, no descubro sino la paz del campo lorenés, que ondula en la impasible marea de sus colinas. Fué por allá, y por allá, hasta el infinito... El inmenso cementerio es lo único que marca los linderos del escenario... Pero, ¡ay!, por lo mismo que es enorme, el cuadro nos desconcierta, impidiéndonos que nos formemos una idea pintoresca del drama.

Colocándose frente al bosque de Champenoux, cuyas enramadas negras se destacan, cual un velo de luto, sobre el sudario de nieve, nuestro capitán nos habla del ataque encarnizado del día 7 de septiembre.

—Por la mañana—nos dice—las tropas prusianas que tienen orden de tomar Nancy para que el Emperador haga su entrada solemne en la capital de la Lorena y se aloje en el palacio del rey René, descienden de las laderas del Seille y atraviesan el río por los puentes de Chambley, Moncel, Brin y Bioncour. Después de un ataque general, establecen sus cañones de sitio en las crestas de Doncour, de Bourthecour y de Rozebois. El fuego de los obuses, dirigido contra Amance y sus inmediaciones, incendia en un instante las aldeas de Bouxières-aux-Chenes, de Fleur Fontaine y de Laitre. Las torres de las iglesias se desploman como juguetes de cartón. Los bosques arden y se estremecen entre la tempestad de hierro y de fuego. Al abrigo de este tiro infernal, los batallones se adelantan en un orden perfecto, y a medida que nuestras piezas de campaña los diezman abriendo brechas convulsivas en la grandiosa muralla humana, otras tropas acuden, presurosas, a ocupar los espacios vacíos, marchando sobre los muertos. El clamor grave del *Deutschland über Alles*, entonado por millares de bocas, sube en el espacio, mezclándose, cual una melopea macabra, con la música de los cañones. La

marcha forma un alud, un alud tan poderoso, tan compacto, tan metódico, que ningún dique parece capaz de contenerlo. Amance está perdido... Y una vez Amance en poder del enemigo, la ruta, abierta e indefensa, no es sino una amplia alameda para un paseo triunfal, cuyo término tiene, por fuerza, que ser Nancy. Los informes del Cuartel general aseguran que Guillermo II, rodeado de diez mil jinetes de su Guardia, se encuentra en el bosque de Morel, dispuesto a emprender la magna cabalgata que debe llevarlo, entre velos de estandartes y acordes de pifanos, hasta la Plaza Estanislao. Decir que nuestros jefes, con sus fuerzas relativamente escasas, tienen la esperanza de resistir al empuje del adversario, sería exagerar... No... Lo único que desean, en aquel momento, es ganar algunas horas. «Si nos mantenemos todo el día—dice un general—habremos hecho un milagro.» Y el milagro se realiza. Al anoecer, el alud no ha conseguido arrollarnos; nuestro 75 lo mantiene aún lejos; nuestras descargas rompen su masa en algunos puntos. Al fin llega la noche, que los incendios iluminan, y con la noche un rayo de esperanza luce en el alma francesa. Pero al día siguiente, la tormenta resulta más recia, el ataque más intenso, el enemigo más fuerte. En poco tiempo, Velaine sucumbe, y el desfiladero entre los dos montes de Amance se llena de ulanos. «Estamos perdidos»—piensan los jefes más bravos—. En el mismo instante, de todas nuestras posiciones adelántanse, no en formación compacta, sino en líneas tenues de tiradores, las compañías de refuerzo que acabamos de recibir. Los cañones de Amance redoblan repentinamente de actividad, segando como mieses los campos de cascotes puntiados. Los clarines suenan en nuestras filas; algo que es una fiebre anima las almas; los bosques mismos se agitan con alegría. El Emperador, que domina el tumulto con su blanca silueta, da orden de que las reservas acudan a engrosar sus masas, y de las últimas

líneas enemigas, un cuerpo entero de ejército se adelanta hacia los puentes que la víspera han atravesado sin dificultad las primeras columnas. Pero nuestro tiro es entonces tan certero, que ni un solo enemigo logra pasar el río. No importa. El caballero blanco sacude su águila de oro y grita: «¡Adelante, adelante!; *Deutschland über Alles!*»... Durante algunas horas el choque es tan formidable, que el espacio vibra sacudido por la metralla. Un soplo de locura anima a los de allá y a los de aquí. El Emperador, lívido, sigue gritando: «¡Adelante!» Más de pronto, impelido por un movimiento irresistible, el alud retrocede, envolviendo en su retirada a los diez mil jinetes de la Guardia, que galopan hacia Metz en desorden. Lo que la víspera era una victoria, se convierte en una derrota. Al día siguiente, cuando nuestro general se prepara a una nueva lucha, preséntase ante el Cuartel un parlamentario que pide un armisticio de veinticuatro horas para enterrar a los muertos. «En nombre de su majestad»—dice—. El jefe francés se inclina y contesta: «Dentro de veinticuatro horas, cuando el Emperador haya enterrado a sus millares de muertos, lo esperamos de nuevo.» Pero desde entonces su majestad no vuelve a aparecer por aquí...

El capitán hace un amplio ademán con los brazos abiertos como para abarcar la región de la lucha. Instintivamente, yo busco a lo lejos un punto que pueda sugerirme la idea de un campo de batalla. Las colinas cortan el paisaje, y por los desfiladeros no se ven en el fondo sino otras colinas blancas coronadas de pinos negros. Por más esfuerzos que hago, no logro darme cuenta de lo que es un combate moderno a larga distancia, realizado con cañones que tiran a seis kilómetros. Y tengo que repetirme los datos terribles, tengo que pensar en los millares de alemanes muertos, tengo que imaginarme las masas remotas del alud humano, para sentir la magnitud de la pelea.

—La batalla que usted acaba de describirnos—le digo yo a nuestro *cicerone*—, ha sido una de las más terribles de la guerra actual.

Una sonrisa enigmática y desdeñosa contrae los labios del oficial.

—La acción de que hablo a ustedes—me contesta—no es sino un episodio de la batalla de Nancy...

Luego agrega:

—Y la batalla de Nancy, un episodio de la gran batalla del Marne...

¿Cómo no sentirnos desconcertados ante las proporciones de estas operaciones militares del siglo xx?... Lo que la vista no puede siquiera abarcar, no es un cuadro, sino un rinconcillo del cuadro... Y en este rinconcillo cabrían juntas todas las campañas que nos pinta Froissart, y que, a través de las edades, han hecho estremecerse nuestras almas.

—La batalla de Nancy—prosigue nuestro *cicerone*, volviéndose hacia la izquierda—, se desarrolla, en realidad, en una línea de más de cincuenta kilómetros y dura más de quince días. Desde el 20 de agosto, una de nuestras divisiones se halla en el valle de Mosela, dispuesta a defender la carretera que conduce a la capital de la Lorena. En Morhange sufrimos una cruel derrota, que permite a los alemanes apoderarse de Nomeny, primero, y luego, en los primeros días de septiembre, de Pont-à-Mousson. El 4 de septiembre, cuando las fuerzas enemigas comienzan a descender de las alturas de Château-Salins con objeto de atacar nuestro centro, y después de un combate que dura largo tiempo, consiguen bombardear nuestras posiciones de Santa Genoveva. El 6, los alemanes, que encuentran el terreno mal defendido, se dirigen, seguros del triunfo, hacia Loisy, donde ellos saben muy bien que no tenemos sino una compañía. ¿Qué es una compañía en nuestros tiempos?... Nada... Y sin embargo, la de Loisy, atrincherándose en el cemento

rio y aprovechando los repliegues del terreno, logra no sólo defenderse toda la tarde del 6, sino que obliga a los que la atacan a renunciar a la marcha de frente para buscar, con un movimiento de flanco, el camino de Santa Genoveva... ¿Saben ustedes qué tropas luchan contra la compañía de Loisy?... Un regimiento... Este regimiento queda casi enteramente deshecho en los terrenos pantanosos, sin lograr el más ligero resultado. Sólo que los alemanes no economizan sus hombres. Al día siguiente una columna formidable se precipita hasta las alturas de Cuittes, donde establece sus baterías dominando nuestro centro. El comandante Montleber, que manda las tropas de Santa Genoveva, ve caer a sus soldados bajo la lluvia de metralla. No importa. «No retrocederemos ni un paso», grita. Y es necesario que el general le envíe una orden escrita para decidirlo a retirarse hacia las líneas de retaguardia, aquí, en estas colinas del Norte... Entonces es cuando el Emperador, viendo el terreno abierto ante sus tropas, da el 7 por la mañana la famosa orden del día que termina diciendo: «Mañana en Nancy...» Pero para realizar tal ensueño, hay primero que desalojar nuestras tropas de Amance...

El capitán, convencido de que es imposible darse cuenta ante el terreno mismo de los movimientos de los ejércitos, despliega su mapa y nos indica con el índice las amplias curvas de la batalla. Durante tres semanas muchos millares de hombres maniobran en este espacio, que va desde las puertas de San Nicolás hasta los bosques de Luneville. Siguiendo en el papel las líneas rojas que pasan por Dommartin, Laneuvelotte, Champenoux, Remerville, Drouville, Sommervilles, Herimenil, se comprende la enormidad del combate en su conjunto. Cada posición, con su altura marcada en cifras, constituye la llave de una ruta; cada bosque es el baluarte de algún valle; cada arroyo sirve de foso para defender un desfiladero. En su grandeza épica, la lucha está real-

mente formada de episodios minúsculos. La compañía que resistiendo un día entero en un cementerio contra varios batallones, permite a las reservas llegar a tiempo, es un peón decisivo y simbólico en el tablero general. Pero todo esto que en un mapa glosado por un sabio oficial se aclara y se explica, resulta, cuando uno quiere verlo en el paisaje trágico, un misterio inextricable.

—Por allá venía el alud—oímos decir.

Y no vemos sino un horizonte cerrado. Mas ¿cómo ha de extrañarnos tal cosa, si ahora mismo, sabiendo que en esta planicie hay muchas baterías y muchos regimientos, sólo descubrimos el terreno que ondula, mudo y desierto?... En la extraña guerra moderna, tan diferente de las antiguas, lo que menos se ve es la guerra misma. Los cañones están enterrados... Los hombres están enterrados... Las voces de mando, que pasan por hilos telefónicos enterrados también, hacen brotar de las entrañas de la tierra torrentes de fuego que obligan a pensar en las erupciones cíclicas de los volcanes. Y los guerreros, que mueren y que matan sin ver y sin ser vistos, no tienen una idea de sus proezas, de sus triunfos o de sus reveses, sino cuando un boletín del Estado Mayor les lleva a sus cavernas el eco final de las batallas.

El sabio oficial que nos guía habla de este carácter científico y oculto de la campaña con un entusiasmo de técnico.

—Es la lucha científica—exclama.

Y sus ojos azules brillan a través de sus lentes de miope.

Pero yo, en vez de compartir su regocijo, me siento triste, triste, al evocar, como siempre que me hallo en un campo de batalla actual, muy grande sin duda, y sin duda muy húmedo de sangre, otros campos más estrechos, en los cuales, al conjuro de la Historia, surgen, entre el vuelo brillante de los pabellones, las huestes de caballeros de antaño que sucumbían en pleno sol, en plena alegría, en pleno orgullo...

EL ALMA INDOMABLE DE LA LORENA

8 de febrero.



Estos señores ingleses, yanquis y escandinavos que me acompañan, no pueden explicarse la insistencia que pongo en permanecer algunos instantes contemplando en silencio el vasto paisaje que nos rodea. Con pretexto de hacerles admirar toda la Lorena desde estas alturas, los decidí a subir los quinientos metros de la cuesta. Ellos se figuraban que íbamos a ver de nuevo trincheras, fuertes, relámpagos de granadas... Y ahora que en cinco minutos se han vencido, gracias a sus gemelos de campaña, de que la línea de batalla está muy lejos, y de que nada habla aquí de los combates del Grand-Couronné, lo único que desean es marcharse. ¿Vale la pena de decirles que nos encontramos en la cuna del ducado heroico, en el promontorio del cual ha corrido hacia los valles, a través de los siglos, la sangre generosa de la raza moselana? No, de seguro. Corresponsales de guerra son, nada más que corresponsales de guerra, y en cuanto pierden la huella de los ejércitos que ahora luchan, se sienten como desamparados, y ni ven, ni oyen, ni entienden. ¡Cuánto mejor se explicarían, no obstante, la gentil bravura francesa, hecha de generosidad y de elegancia, si quisieran escuchar las lecciones que, en medio de las

ruinas de Vaudemont, nos da la voz de las sombras! Pero las sombras no son del reino de los repórters. Muy serios, mis buenos compañeros se alejan con objeto de visitar, en la otra cima de la colina, la basílica de Sion, y me dejan solo al pie del castillo derruido que sirvió de alcázar a Gerardo de Alsacia.

Dos grandes ciudades y más de cincuenta aldeas se descubren desde el pico de Vaudemont, según parece, en los claros días de verano, cuando la gente de la Lorena viene hasta aquí en ardientes romerías patrióticas. Allá, hacia el Norte, está la ilustre Nancy, con sus palacios, y hacia el Oeste, Toul, envuelta en su coraza de acero. El Mosela corre a poca distancia, a la derecha, bañando las huertas y los jardines de Charmes. A la izquierda hállase Neufchâteau, cuyas venerables construcciones del siglo xv se miran en el Mosa. Domrémy, en fin, la cuna rústica de Juana de Arco, se esconde cerca, entre los bosques misteriosos. Pero todo esto, que en pleno sol forma un panorama incomparable, yo no lo veo, en la bruma helada, sino con los ojos de la imaginación, sin estar siquiera muy seguro de no equivocarme en mi solitario *tour d'horizont*. Nadie, en efecto, ha querido quedarse a mi lado para servirme de guía. A nadie puedo pedirle que me diga a punto fijo si el único campanario que sobresale a lo lejos es el de la famosa iglesia de San Nicolás, patrón de la comarca. ¡Qué importa, después de todo! En el bolsillo del gabán, muy oculto, para que mis *confrères* no se rían de mí, traigo un librito que Maurice Barrés escribió con objeto de enseñarle en este sitio a su hijo Felipe la crónica legendaria del linaje de los Lorena, que aún reinan agonizantes en Austria. Y como a un niño enamorado de bellas historias de paladines y de cortejos, me leo a mí mismo, en voz alta, sentado en una piedra de la vieja fortaleza, la gesta maravillosa.

«Aquí, en esta atalaya, con sus hombres de armas, un

paladín vigilaba el horizonte mientras los campesinos trabajaban, como hoy, en el campo, y cuando veía una nube de polvo sospechosa, corría a su encuentro. A veces también se llevaba a sus gentes más lejos para pelear siempre. Con él fuimos hasta Jerusalén... Sí... Fuimos a pie, detrás del caballo del paladín. Y era él tan querido y admirado, que un día lo nombraron duque de Lorena, haciéndolo así dueño de toda la comarca que vemos a la derecha, a la izquierda, al Norte, al Sur... Protegiendo su ducado, protegía a la Francia entera, porque para atacar a los franceses, hay que pasar por encima de la Lorena. Un día, viendo a un rey francés a punto de ser vencido por los ingleses, le envió una pastora guerrera, más famosa que Bradamante y Angélica, la pastora Juana de Arco, y otro día, cuando las hordas querían atravesar aquellas líneas azules del fondo, los Vosgos, se puso en medio del camino e hizo una manzanza estupenda. Tantos servicios llegó a prestar a los parisenses el señor de este castillo, que un día pensaron en elegirlo rey de Francia y no lo consiguieron, y los reyes, inquietos, trajeron a sus soldados para quemar las aldeas y saquearlas. Los reyes de Francia encontraban muy hermosa nuestra Lorena y querían apoderarse de ella. Los franceses no pudieron conquistarnos, como tampoco habían podido los alemanes. El paladín de Vaudemont resistió hasta que se casó con la hija de un emperador y se sentó en el trono de Austria, vestido de emperador.»

Como Felipe, después de haber oído esta historia que parece la explicación de una vieja estampa de Epinal, yo querría no saber nada más de la crónica lorenesa y ver siempre el vasto campo que me rodea, a la luz de suaves y lejanas claridades de leyenda. Pero, ¡ay!, los incendios iluminan con una violencia cegadora el paisaje desde hace seis meses y la tierra está cubierta de sangre, cual en los más aciagos días de la Edad Media. Lo

que ayer, cuando Maurice Barrés acompañaba a su hijo, era un drama terminado, se completa hoy con un acto nuevo, más rudo, más cruel y más grandioso que los anteriores.

¿Será el último?...

Cada vez que los hombres políticos de París hablan de la paz futura, dicen que es indispensable concluiría en condiciones tales que una nueva lucha sea imposible. «Por su propia enormidad — aseguran —, esta guerra tiene que matar la guerra.» Pero al volver desde la colina de Vaudemont la vista hacia el pasado, uno se pregunta cuántas veces la misma frase debe de haber sido pronunciada a través de los siglos. Cada lucha de reyes y emperadores fué la última. Cada guerra mató la guerra. Y, sin embargo, no hay en la existencia de la tierra lorenesa un instante en que se haya podido pensar, contemplando el horizonte por el Norte o por el Sur, que la paz era definitiva. Colocada en medio de dos rivales milenarios, la Lorena dijérase predestinada, hasta el fin del mundo, a no ser sino un perpetuo campo de batalla.

¿Qué región, empero, necesita menos que ella de sus grandes vecinos para vivir? Encerrada en sus propios límites, cual en tiempos de su independencia, podría bastarse a sí misma, gracias al esfuerzo de sus hijos, que parecen cobrar en los mayores desastres nuevas energías para la labor paciente y fecunda de los intervalos de paz.

«Trigos y viñas — escribe Louis Madelin —; he ahí las principales riquezas, sin contar los innumerables árboles frutales de nuestros vergeles. Bebo mi vino, como mi pan y saboreo mis frutas—decía antes el lorenés con orgullo—. Hoy a esto se agregan las industrias de Lunéville, de Nancy, de Baccará, de otros sitios. Las cervecerías de Tantonville, donde Pasteur encontró los secretos de su ciencia, son fuentes magníficas de riqueza»

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

Nuestros laboratorios, en fin, son famosos.» Es cierto. Y es increíble. Porque si en algún lugar del mundo la labor del hombre resulta deleznable, es aquí. Ved las fábricas. Todas están edificadas sobre ruinas. Ved las aldeas. Todas conservan huellas de llamas. Las faldas de los volcanes italianos, cuyo seno hierve siempre, tienen mayor estabilidad que las suaves colinas lorenesas. Pero hay tal energía en la raza, que apenas la tempestad aplacada por un instante, los esfuerzos se unen para recomenzar la labor común. ¡Qué digo! Aun en medio de la tempestad, el trabajo no cesa. Ayer, en Nancy, el prefecto Mirman hacíame admirar las fotografías de unas cuantas aldeas, al parecer recién creadas.

Todos éstos—asegurábame—son pueblecillos que los alemanes incendiaron hace tres meses, y que ahora están ya reparados.

—¿Se hallan muy lejos de las líneas actuales del enemigo?—le pregunté.

—No—contestóme—; algunos de ellos todavía podrían ser bombardeados.

Y yo pensaba, ante tales imágenes, en otras aldeas, en otras ciudades de regiones donde reina la paz perpetua, donde no hay en el cielo ni en la tierra amenazas, y que ven caer, poco a poco, sus casas, no bajo el peso de los grandes obuses de hierro, sino bajo el peso de los siglos, y que no experimentan la necesidad de levantarlas de nuevo. Pensaba en los campos castellanos, en los campos andaluces... Y, a pesar de mi instintivo horror de la guerra, preguntábame angustiado si realmente la misión del hombre no es la lucha y si la muerte de los pueblos no comienza con el fin de sus crueles aventuras.

Desde el nido de águilas que domina todo el antiguo reino de Lorena no se descubre un solo rincón que carezca de algún recuerdo fresco de sangre. Los muros

hablan de hace cien años; los hombres viejos, de hace cuarenta años; los mozos, de hace cien días... Y para animarlo todo, embelleciendo los sacrificios, santificando los dolores, agrandando las proezas, la torre mutilada se alza en su peña simbólica y le cuenta al pueblo, con las mismas palabras ingenuas que Barrés emplea al hablar a su hijo, la leyenda del paladín inmortal que encarna el alma de la religión.

Pero lo admirable aquí es que las grandes ruinas y las augustas sombras no se contentan, como en otras tierras ilustres, con evocar los esplendores pasados, sino que anuncian siempre un porvenir mejor. Los hombres de mi generación no han conocido, naturalmente, la Lorena victoriosa anterior a 1870, y todavía llena de reliquias napoleónicas. Cuando la vieron, la derrota pesaba sobre ella desde hacía varios lustros, y su más venerable santuario, la perla gris de su corona mural, la heroica y altiva Metz, formaba ya entonces parte del Imperio germánico. Preguntadles, no obstante, si jamás la encontraron abatida o, por lo menos, resignada. Con los ojos siempre fijos en la línea azul de los Vosgos, esperaba, paciente y resuelta, el día de las necesarias reparaciones. Y era en vano hacerla ver de qué manera cada día que pasaba, engrandeciendo a Alemania, hacía más ilusoria la esperanza del desquite y del rescate. En vez de perder la confianza, hubiérase dicho que de año en año la cobraba mayor.

—Nuestro orgullo—contestó un soldado de Nancy a un oficial alemán que trataba de convencerlo de la vanidad de toda quimera—; nuestro orgullo: he ahí nuestra gran arma.

El orgullo lorenés, que no es hiriente como el germanico, mantiene siempre viva la llama de la fe regional. Un historiador cuenta que una tarde, a fines del siglo pasado, un estudiante de Nancy se encontró en esa misma colina de Vaudemont con una dama rubia, que

contemplaba pensativa las ruinas de la torre. El estudiante detúvose para admirar su magnífica belleza de hada.

—¿Es usted lorenés?—preguntóle la dama.

—Sí, señora—le contestó.

—¿Le interesan mucho estas ruinas?

—Muchísimo...

—Es usted poeta, sin duda.

—Soy estudiante.

—¿Y cree usted que el pueblo piensa aún en sus antiguos soberanos, los duques de Lorena?

—El pueblo los venera, aunque no les perdona que hayan abandonado este trono, que era el de ellos, para ir a ocupar un trono extranjero.

—El otro es un trono imperial... Nada menos que el de Carlos V...

—No importa.

La dama tuvo una sonrisa melancólica, y se alejó, después de dar la flor que llevaba prendida al pecho al joven.

Por la tarde, en la estación de Nancy, el estudiante volvió a encontrar a la dama, que iba acompañada por un oficial francés.

—¿Quién es?—preguntó a los curiosos que la contemplaban llenos de respeto.

—La emperatriz Isabel de Austria—le contestaron.

—¿Sentiría aquella tarde la sutil soberana algo de nostalgia al ver la fiereza cortés con que el pueblo de sus abuelos sabía apreciarse cual una joya de más valía que un imperio?... Lo cierto es que, hasta el fin trágico de su vida, siempre Elisabeth demostró por su raza un cariño que solía disgustar a algunos de sus cortesanos.

«La insoportable vanidad lorenese», dicen los adversarios de Barrés al leer su perpetuo cántico de amor local.

Esta vanidad yo me la explico al contemplar, a través

del tiempo y del espacio, las armoniosas tierras que me rodean. Pero la palabra vanidad no es la que conviene. Es amor lo que debe decirse, amor lleno de ternura, de entusiasmo, de fe, de confianza. Siguiendo los pasos del paladín de Vaudemont, ni más ni menos que en las épocas en que el ducado luchaba contra el Imperio para oponerse a la invasión de Francia, los hombres del Mosa y del Mosela se yerguen ahora dispuestos a todos los sacrificios. Y cuando alguien, señalándoles la formidable línea de ataque que se extiende desde las alturas de Varennes hasta las inmediaciones de Belfort, les hace ver lo arduo de la lucha, contestan, sin aire de fanfarronería, con una gran sencillez, como si no pudiera caber duda de la verdad de lo que dicen:

—Más o menos tarde, venceremos.

¿Sí?... ¿No?... Sólo Dios lo sabe. Pero basta haber penetrado en el ánimo del pueblo admirable que así comprende la vida para reconocer que, en la victoria como en el desastre, su energía será siempre la misma.

ANTE LA TORRE DE METZ

13 de febrero.



UANDO no tengo qué hacer, vengo hasta aquí y me paso las horas contemplando aquella torre...

Estamos en el atrio de la iglesia de Sainte-Genevieve. A lo lejos, apenas visible con los gemelos de campaña, aparece en el espacio claro una silueta vaga de campanario gótico. El oficial que nos la señala con el dedo, nos asegura que a fuerza de observarla ha llegado a verla como si estuviese muy cerca.

—A veces—agrega—hasta se me figura que veo toda la ciudad.

Yo, por mi parte, confieso que sólo distingo una sombra de torre negra y fina. Pero es tal en esta comarca el prestigio del nombre que tan remoto fantasma evoca, que me empeño, como nuestro mentor, en creerlo cercano. En el horizonte, poco a poco, el perfil vetusto de la cautiva lorenesa se alza, no ante mis ojos, sino ante mi recuerdo. Y ya no es la flecha de San Esteban la que veo, sino todo Metz con sus venerables edificios y sus callejuelas tortuosas, con sus hoteles de la Edad Media, con sus sombríos conventos, con sus plazas silenciosas, con sus tapias grises, con sus puertas almenadas, con sus casas históricas. «Nada ha cambiado desde el día

triste de la conquista», aseguran con orgullo los franceses que la visitan. Y, en realidad, si se suprimen algunas estatuas flamantes de los últimos káiser, y algunos edificios públicos de estilo berlinés, y una estación de ferrocarril que hace pensar en los horrores artísticos de Munich, la población sigue siendo lo que era antes del año 70: una admirable población antigua, muy antigua y muy francesa. Dios sabe, no obstante, si el emperador Guillermo y sus cancilleres han hecho esfuerzos inauditos por germanizar la Lorena anexionada. Cuando un tendero tiene necesidad de pintar de nuevo el rótulo de su establecimiento, la autoridad le obliga a traducirlo al alemán. Cuando alguien pide, ya no digo favores, pero siquiera justicia, el gobernador le recomienda lo haga en alemán. Cuando un industrial desea no arruinarse, en fin, la cordura le recuerda la conveniencia de mostrarse, por lo menos, algo alemán... Sólo que Metz, hoy como ayer y como siempre, sabe resistir al sitio de los que quieren conquistarla administrativamente, con una energía igual a la que empleó para defenderse contra los cien mil soldados de Carlos V. Desdeñando los deseos de embellecerla que sus dueños muestran a menudo, la esclava irreductible se envuelve en su manto tradicional con un orgullo magnífico, y rechaza, sin la más ligera muestra de flaqueza, las amabilidades que la ofendan. En estos últimos meses, a pesar de la dureza que el estado de guerra excusa, los loreneses de Alemania han dado pruebas de una entereza de ánimo que bien puede llamarse heroica. En una carta de Longeville, fechada el 1.º de diciembre, un mesino dice a un amigo de Nancy: «Los loreneses han recibido orden de evacuar Metz, y los que no han obedecido son ahora deportados al interior de Prusia. Se calcula que más de 15.000 infelices han sido ya desterrados de esta manera, y se asegura que la autoridad militar está dispuesta a reducir a 2.000 almas la población civil para castigarnos de nues-

tra inquebrantable confianza en el triunfo francés, que ha de rescatarnos. Para herirnos en nuestro amor local, se nos amenaza con destruir la catedral en caso de que la plaza sea atacada. Todos los días, con objeto de atormentarnos, las campanas celebran triunfos imaginarios, y la *Gaceta*, único periódico que sigue publicándose, habla con entusiasmo de la destrucción de Reims, Lille, Arras, etc. Lo que sufrimos con todo esto es inimaginable. Pero no importa. Cada vez somos más franceses y más antialemanes, y mientras quede uno de nosotros aquí, no se dormirá nunca sin pedir a San Nicolás que le permita ver la entrada triunfal de nuestros hermanos por la puerta Serpenoise. Hace pocos días, exasperado por la resistencia pasiva del pueblo, el gobernador se permitió decirle a un notable: «Una ciudad que no ha sabido defenderse y que ha capitulado ante el enemigo, no tiene derecho a mostrarse tan orgullosa.» El «notable», muy suave, contestóle: «La plaza no fué tomada por los alemanes, sino vendida por Bazaine. Lo que nos alienta es recordar que en nuestra historia no hay una sola derrota.» Esta idea, en efecto, es el bálsamo que cura el dolor de los mesinos. Atacada por Carlos VII, por René II, por Carlos V, Metz resistió siempre victoriosamente. Y si en 1870 los alemanes lograron apoderarse de él, no fué después de una victoria, sino a causa de una traición. Cuando los buenos burgueses evocan los fastos de su pasado, no es en la desgracia de hace medio siglo en lo que piensan, sino en los tiempos soberbios de sus fueros. Por todas partes, en las calles, en las plazas, en las iglesias, las imágenes de las grandes épocas aparecen vivas e imborrables. Las viejas estatuas de los héroes nacionales, que ningún *statthalter* se ha atrevido a destruir, ayudan a mantener encendido en las almas el fuego de la confianza.

«Esto es un cuartel en un sepulcro»—escribía Maurice Barrés en sus notas sobre la ciudad cautiva. En reali-